

NOTICIAS SOBRE LOS PARADORES
DE FUERTEVENTURA

A. SEBASTIÁN HERNÁNDEZ GUTIÉRREZ

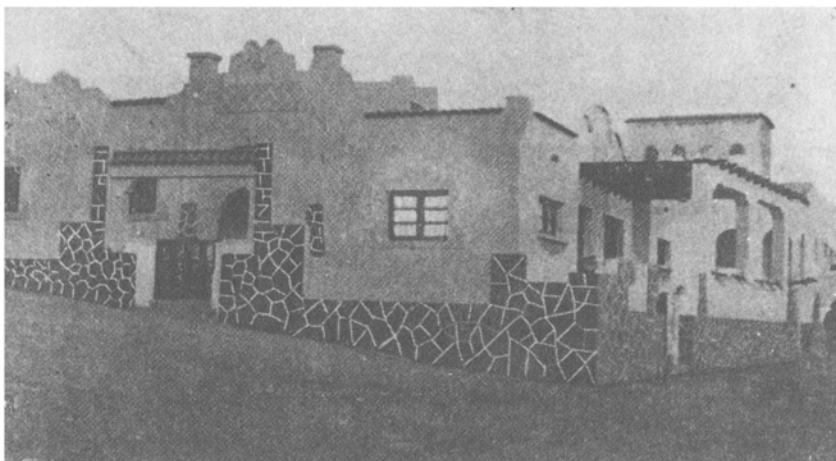
A principios de los años 50, Puerto de Cabras, capital de Fuerteventura, por medio de su gobierno municipal, inició la gestión ante el Mando Económico de Canarias para la construcción de un local hostelero capaz de fomentar la industria turística en la isla.

Canarias empezaba en aquellos años a prepararse para el negocio turístico y el Mando Económico durante el periodo en que fue administrado por el general García Escámez apoyó decisivamente la industria. De manera especial se había empeñado en la recuperación de la región por medio de la construcción de algunos hoteles en lugares estratégicos que fuesen admirados por los pocos turistas que venían al archipiélago. Así, Las Palmas de Gran Canaria conocía desde 1945 la reconstrucción del Hotel Santa Catalina¹ con un proyecto del arquitecto Miguel Martín Fernández de la Torre; en Santa Cruz de Tenerife y enclavado en la rambla, se construyó según los planos de Enrique Rumeu de Armas el Hotel Mencey²; y en el Puerto de la Cruz era motivo de una seria remodelación (dirigida por el técnico Machado y Méndez) el Hotel Taoro³. Además de estas tres obras, que bien pueden ser consideradas como las más representativas del momento, se empezaron a gestar otras tantas llamadas a dar el conveniente equipamiento turístico a Canarias. Dentro de esta línea están las piscinas de Martiánez, el parador de Icod, los miradores Humbolt y Martín, el parador de las Cañadas del Teide, el refugio de Altavista... Pero hay que destacar en este grupo tres proyectos de paradores que se emplazaron en Santa Cruz de La Palma, Arrecife de Lanzarote y

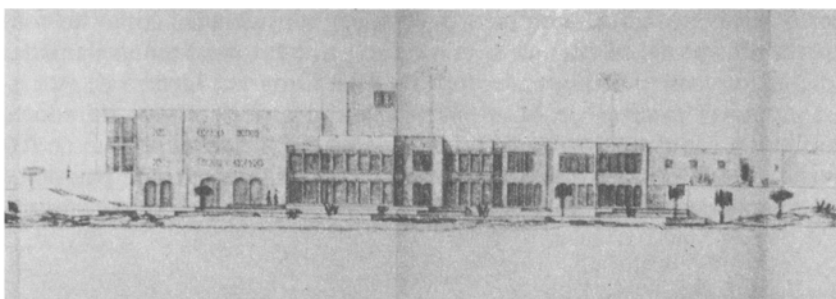
1. Este hotel había sido originalmente proyectado por el arquitecto escocés James Maclaren en el año 1890.

2. Entregado por el Mando Económico de Canarias a las autoridades santacruceras en el año 1950.

3. Data este edificio del año 1890 y fue trazado por el arquitecto lionés Adolph Coquet.



Parador de Puerto de Cabras según el proyecto de Marrero Regalado.



Alzado del Parador Nacional de Playa Blanca. Año 1965.

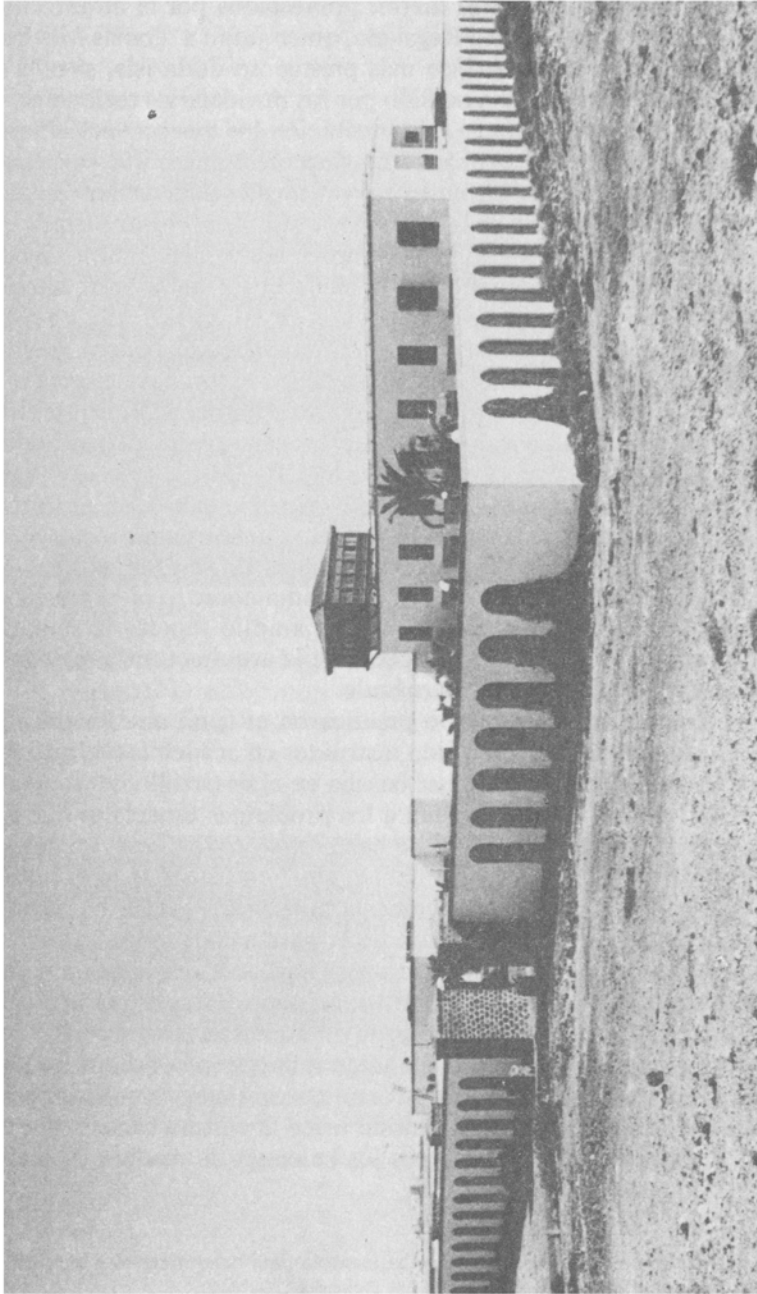
Puerto de Cabras. Todos ellos fueron proyectados por el arquitecto tinerfeño José Enrique Marrero Regalado, quien junto a Tomás Machado, se había convertido en el artífice más prestigioso de la isla, siendo por ello, requerido en más de una ocasión por los mandatarios regionales.

Marrero Regalado entregó a la institución los tres proyectos basándose para su trazado en las propuestas arquitectónicas que por entonces imperaban en el país. El, junto a otros técnicos, abrazaba con agrado las directrices estéticas dictadas por la autarquía, constituyendo una auténtica arquitectura de posguerra implantada en el archipiélago. El debate entablado en la actualidad por modernos historiadores sobre las denominaciones científicas y los orígenes de tal movimiento, no han concluido aún; pero nuestro poco gusto por inventar denominaciones de origen nos lleva a aprovechar algunos de los términos que se barajan. Así, al hablar de las obras que nos interesan lo haremos indistintamente bajo los nombres de «neocanario», «historicismo regionalista», incluso «barroco colonial»⁴.

Sea como fuere se trata de un «estilo» desarrollado bajo las influencias grandilocuentes del régimen autárquico, auspiciado por las acciones castrenses del franquismo. En él se valora la unidad nacional, que posee su máximo exponente en el folklorismo como viva expresión de lo popular, de lo hispano. De ahí que el amplio repertorio temático, que con carácter ornamental se apodera de la arquitectura, pretenda ser un reflejo de lo regional, de lo vernáculo.

Los técnicos canarios que lo practicaron al igual que los del resto del territorio nacional, habían sido instruidos en academias de arquitectura, en las que el plan docente se basaba en el desarrollo del funcionalismo como única respuesta válida a los problemas espaciales que acuciaban al hombre del siglo XX. Ello había provocado el movimiento racionalista dentro de nuestras fronteras, y que en Canarias tuvo grandes adeptos llegando a constituirse como la auténtica vanguardia artística. Esta tradición quedó truncada para dejar paso al nuevo orden regionalista que en los años 40 invade el archipiélago. Su discurso no va más allá de una extraordinaria ornamentación sobre estructuras elementales, dejando a un lado los problemas de planimetría, composición, equilibrio... para prestar la máxima atención a la tramoya decorativa. A la obra funcionalmente racionalista se le enmarcará con «revolucionarias» decoraciones que evocan en un sentido lírico la cultura canaria. De esta manera se adosan a los paramentos los balcones de madera, el trabajo

4. Es el término más atrevido que se ha buscado para denominar esta arquitectura, siendo su autor el arquitecto Sebastián Matías Delgado.



Fachada del Parador Nacional de Playa Blanca.

torneado, la balaustrada, la tapia rural, las esquinas de cantería, la teja árabe... sin olvidar elementos efectistas que como los vegetales (buganvillas, enredaderas, plataneras, piteras o palmeras) o los símbolos de «falsa» grandeza (coronas, escudos de armas...) contribuyen a diferenciar esta arquitectura y a elevarla a cotas de prestigio social.

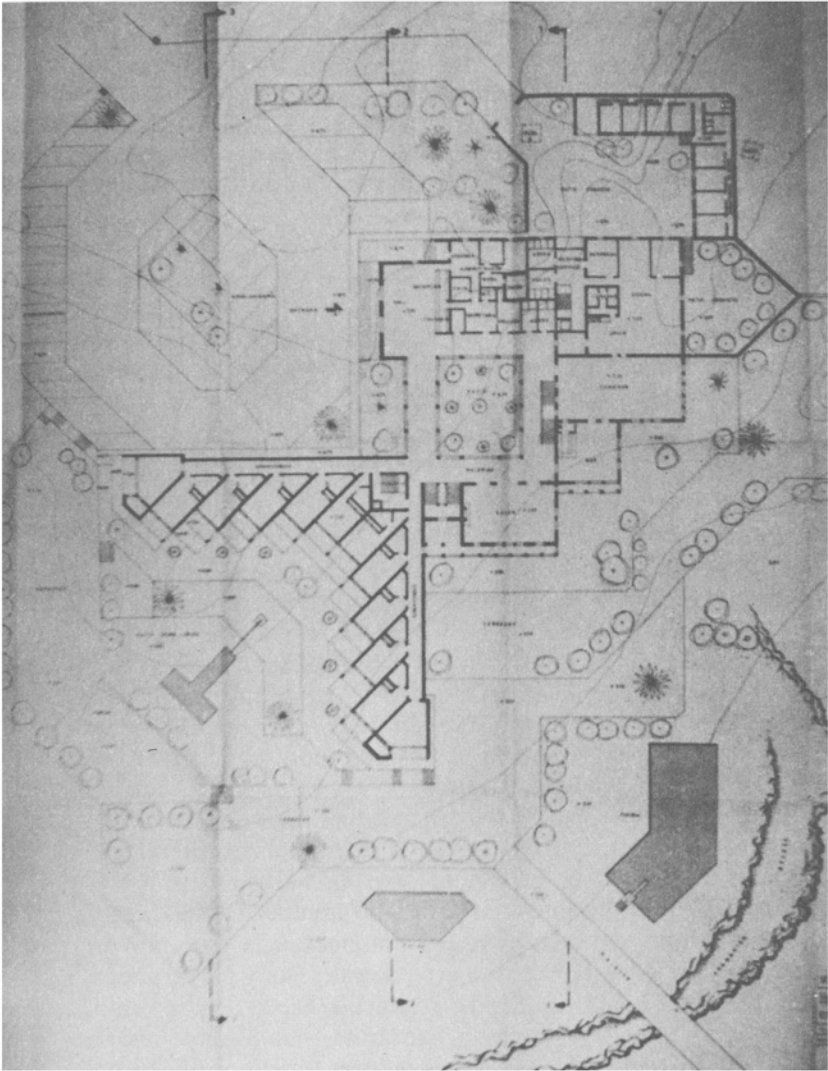
El repertorio fue buscado en lo profundo de las crónicas hispanas, intencionadamente utilizando en los años de posguerra como una doctrina de base política; pero pasado el tiempo, el folklorismo quedó relegado a ser un apéndice publicitario que sirvió como reclamo turístico. De entonces parten las más elementales teorizaciones de «lo canario»⁵ como símbolo de calidad al que respondían los visitantes europeos. Generándose una arquitectura turística del periodo autárquico, que en épocas avanzadas del proceso turístico sería tomada como buena en la programación arquitectónica de las islas. No es de extrañar, de hecho, que el único edificio relevante de Puerto del Rosario de este momento sea el parador de la ciudad, una construcción de uso turístico. El enclave del inmueble es muy significativo, a la entrada de la isla, junto a la línea de atraque del Puerto de Cabras. Ello constituye por sí solo una constante histórica en la tipología hotelera, ya que los locales de este uso se sitúan próximos a los accesos principales de las islas, en nuestro caso al muelle.

Se trata de un edificio de pequeñas dimensiones (hoy desafortunadamente transformado por las mediocres intervenciones que ha sufrido) con capacidad para muy pocos huéspedes. De sus formas estéticas, de su decoración ya hemos tratado en las líneas anteriores, pero debemos destacar de él la coherencia artística de sus proporciones (las que vienen una vez más a demostrar la genialidad del arquitecto Marrero Regalado) con respecto a los otros edificios de la serie: el de Santa Cruz de La Palma y el de Arrecife de Lanzarote.

Esta obra, junto a sus condicionantes históricos, hubiese quedado arrinconada en el anecdotario de la isla de no haberse producido durante la década de los 60 el «boom» del turismo. Con él se recupera el inmueble, ya envejecido, y se promueve la isla como un enclave más para la industria. Fuerteventura se mantiene, por entonces, a la expectativa y pese a ofertar, como la primera, sus recursos naturales (sol y playa) al progreso turístico de Canarias, las autoridades regionales hacen de ella —al igual que de La Palma, Gomera, El Hierro y Lanzarote— un lugar de reserva.

Difícil fue contener a los organizadores turísticos oficiales (Sindicatos y Asambleas) en la pujanza por transformar la isla; y en el año 1962

5. La figura del pintor grancañario Néstor es en este sentido de vital importancia.



Planta

tuvieron que ceder ante las peticiones que venían firmadas desde la alcaldía de Puerto del Rosario. El interés por alcanzar el tren del turismo llevó a la municipalidad a conceder licencias de obras para la «modernización» de la capital mayorera. Con la consiguiente aparición de moles de estilo internacional que quebraron en muy poco tiempo el aire recogido que gozaba la ciudad. Pero el mejor ejemplo de éste impulso, generalizado en todo el archipiélago, fue la aprobación de la construcción de la Avenida de los Reyes de España, vía marítima que estuvo de moda a principios de los años 60 en las ciudades más importantes de Canarias que tenían contacto con el mar. Es el caso del Puerto de la Cruz, Las Palmas de Gran Canaria, Garachico, Arrecife de Lanzarote, Santa Cruz de La Palma...

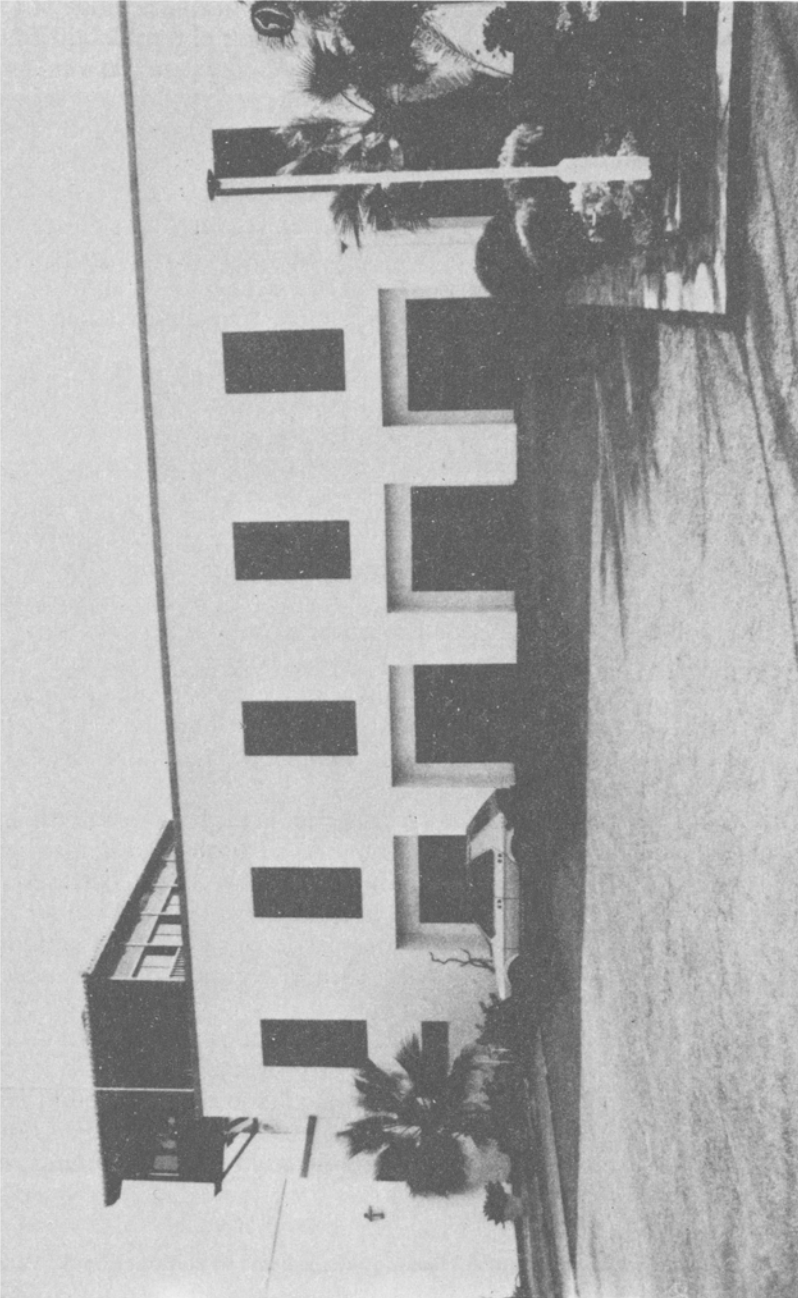
Tal aberración urbanística, cegó en el ejemplo mayorero las esperanzas del desarrollo turístico en la capital, al sepultar con dicha obra la única fuente de atracción que poseía: la Playa de las Cuevas.

Pese a todo, las pretensiones turísticas seguían en pie, y una gran ofensiva se llevó a cabo en los primeros años de la década de los 60 cuando la corporación municipal elaboró un amplio informe sobre las condiciones de la isla para que el Ministerio de Información y Turismo construyera allí un parador de carácter nacional. El hecho de hacer la petición de un parador y no la de promover al capital privado para la creación de una infraestructura desde el Ayuntamiento, queda justificado con la falsa creencia popular de la invasión de un turismo adinerado en el archipiélago. Idea estereotipada que hemos heredado del siglo XIX, cuando Canarias era normalmente visitada por turistas de las esferas sociales más cotizadas.

Para obtener el beneplácito del Ministerio, la alcaldía de Puerto del Rosario, no dudó en ceder unos terrenos de su propiedad dentro del mismo casco urbano, en contacto con la población. Así, el Charco estaba llamado a ser el núcleo turístico de la ciudad. Pero en 1964 aparece, como consecuencia de una segunda oleada de gestiones pro-parador, otro lugar señalado como más idóneo para la erección del inmueble: Playa Blanca.

Al año siguiente, en 1965, una vez conformados todos los trámites para la cesión del terreno, fue redactado el proyecto del edificio en el estudio del arquitecto J. Palazuelo, siendo auxiliado en su cometido por otro técnico proveniente del servicio del Ministerio, J. Valverde⁶. Ambos trazaron las líneas generales de esta obra, cuyo principal interés es-

6. Archivo Municipal de Puerto del Rosario: «Expediente de construcción del Parador del Playa Blanca. Año 1965».



Detalle de la entrada principal del Parador.

triba no sólo en que se trata de un edificio de gran envergadura, sino que, con él —y otros en la isla de Tenerife⁷— se inicia un proceso de transformación estética dentro de la arquitectura del ocio en Canarias: la que venimos llamando Arquitectura del Oropel.

Desde comienzos de la explosión industrial, los organizadores y constructores habían entablado una dura lucha sobre el «estilo» que debía imperar en los edificios de nueva planta que se construyesen para el uso del turismo. De una lado, estaban los que defendían al estilo neocanario, pues éste había dado grandes resultados en locales hoteleros por medio de ofrecer su discurso de calidad, admirado por los turistas como el representativo del archipiélago. De otro, los que abogaban por el internacionalismo arquitectónico, quienes mantenían su propuesta basándose en fuertes razones económicas: el estilo internacional podía fabricar hoteles más rápido y más barato que ningún otro. El triunfo de estos últimos fue inminente y con ello se produjo el crecimiento hotelero que hoy podemos apreciar en las islas.

Pero pasados los primeros momentos, cuando las necesidades primarias ya estaban cubiertas, llegó el cansancio del estilo internacional y se empezó a fraguar en la mente de los proyectistas canarios un cambio sustancial en la forma de los hoteles. Se gesta entonces una nueva teoría que pretendía ante todo refundir los mejores aspectos de las viejas propuestas. De ahí que en los 70 —el caso que nos ocupa es del año 1965— se hace cotidiano entre los canarios la contemplación de la arquitectura híbrida que mezcla, con más o menos acierto, la estructura netamente internacionalista, con elementos constructivos y decorativos procedentes de la arquitectura doméstica canaria. Este pastiche arquitectónico se desarrolla principalmente en los edificios de uso turístico, y bien podríamos decir que está aquí en un periodo experimental ya que con posterioridad traspasará la tipología para invadir otros usos de la arquitectura.

Con él se regeneran las antiguas teorías formuladas en los años 40, en las que ya se establecía a modo de identificación social, a la cultura canaria como un hecho de calidad que fácilmente era entendido por el turista.

Fuerteventura ha sido con los casos que hemos expuesto una isla en la que se han experimentado fórmulas turísticas y en la que el definitivo aprovechamiento industrial está por llegar. Esperemos que las posibles enseñanzas de lo ya realizado impidan caer a los proyectistas turísticos en errores irreparables.

7. Los ejemplos del Parador de Fuerteventura, del Hotel La Paz (obra de Francisco Roda Calamita) y el Complejo Parque San Antonio (proyectado por Félix Saenz Marrero) son los pioneros en esta nueva fórmula arquitectónica.